

Más allá del ego

Llevaba meses dándole vueltas a la cabeza y preguntándose sobre lo Absoluto. Ni hallaba respuestas a sus interrogantes ni tampoco ningún sentimiento de paz. Exasperado, acudió a visitar a su preceptor y le confesó:

—Estoy realmente desalentado. Mi mente es un torbellino, un volcán. No encuentra respuestas. Me esfuerzo por ordenar el pensamiento y tratar de captar mi realidad interior, pero una y otra vez se me escapa.

—Si agitas la mente, lo Absoluto se escapará una y otra vez. Debes sosegartte —dijo el mentor—. Tampoco quieras llegar por el pensamiento a lo que está más allá del pensamiento y no es pensamiento. ¿Qué es lo que más te obsesiona?

—Saber quién o qué soy yo.

El maestro estalló en sonoras carcajadas, ante la estupefacción del discípulo, y luego le miró intensamente y le increpó:

—¡Necio! ¿Y para qué queremos un yo?

Fue en ese momento, tras años de reflexiones, cuando el discípulo obtuvo un repentino destello de comprensión profunda y reveladora más allá del pensamiento.

Comentario

¿Qué se interpone en nuestro viaje hacia el sosiego y la plenitud? El pequeño y mezquino ego, que cuanto más se exagera, más problemas nos causa a nosotros y a los demás y es el origen de actitudes egoístas, de codicia, ira, odio, suspicacia, celos y otros estados conflictivos de la mente que bien se podrían evitar con un ego maduro y controlado, convertido en un fiel secretario o en un simple burócrata sin poder sobre nosotros. Pero ese pequeño yo obsesivo y autorreferencial, voraz y ciego, nos hace muy vulnerables y nos lleva a herir a los otros en una compulsiva necesidad por poseer, dominar y manipular, así como se recrea en el envanecimiento y la afirmación. Una persona con mucho ego no puede ser feliz y él mismo es un obstáculo en su desarrollo interior, pues está tan fijada en su narcisismo que frustra todas sus energías hacia la evolución. Un ladrón de la paz interior es el pensamiento alborotado, saltando del apego al aborrecimiento, y otro es el ego.